

CHABOT, Jean-Luc: *Aux origines intellectuelles de l'Union européenne. L'idée d'Europe unie de 1919 à 1939*, Presses Universitaires de Grenoble, Grenoble, 2005, 354 pp.

La Historia de las instituciones políticas y de las doctrinas sociales y políticas se ve ahora engrandecida con la reciente publicación de este libro de Jean-Luc Chabot, que tiene un largo itinerario de elaboración. Desde los orígenes de la Unión Europea hasta la actualidad la construcción de la misma ha pasado por distintos momentos claves y ha recibido nombres diferentes. A fecha de hoy la conforman un total de veinticinco Estados miembros y se han redactado múltiples Tratados como el Acta Única europea, introducida en diciembre de 1985 y aprobada por los doce miembros en julio de 1987; el Tratado de la Unión europea o Tratado de Maastricht de 7 de febrero de 1992; los Tratados de Amsterdam, que entró en vigor el 1 de mayo de 1999 y de Niza, que fue fruto de las reuniones que el Consejo Europeo celebró durante los días 7, 8, 9 y 10 de diciembre de 2000 en esa ciudad y que abordaba los puntos no resueltos en el Tratado de Amsterdam. Más recientemente ha sido adoptada la Constitución de la Unión por los Jefes de Estado y de Gobierno de los 25 países miembros el 18 de junio de 2004.

Jean-Luc Chabot se refiere a la Unión Europea como un «Léviathan» o «un artefacto, un puro producto del genio humano con su mecanismo jurídico, económico y procedimiento político» (p. 8). En el siglo XIX el nacionalismo para construir el Estado en Italia y en Alemania desembocó en la idea de federación europea, como consecuencia de realizar la unidad nacional (p. 37). Fue en 1915 cuando Frédéric Naumann, diputado del Reichstag, publicó una obra titulada *Mitteleuropa*, en la que defendía la idea de una federación de pueblos de Europa central donde la dirección estaría asumida por Alemania y el Imperio austro-húngaro. Pero no fue hasta 1923 o 1924 cuando comenzó verdaderamente la corriente europea, con las primeras desilusiones de los vencedores, y con la exasperación de los vencidos. En ese debate tuvo también especial relevancia la obra *PanEuropa*, publicada en 1923 por el conde Richard de Coudenhove-Kalergi (pp. 43-52), así como las propuestas del Dr. C. F. Heerfordt, que ha sido conocido por su iniciativa escandinava, y a quien se le atribuye la paternidad de la idea de los «Estados Unidos de las Naciones europeas», al tiempo que proponía un «mercado» en una «colaboración fructífera» (pp. 52-59 y 111-118). Por otro lado, Paneuropa debía marcarse, según él, como objetivo la unión de todas las naciones europeas del mundo, si bien en su iniciativa escandinava aceptaría que esa unión se limitase geográficamente al continente europeo (p. 112). Heerfordt tuvo que aceptar la Confederación por etapas, renunciando a una de sus ideas más defendidas. La preocupación más importante para Heerfordt entre 1931 y 1932 fue la creación de «un super-Estado europeo militar» sobre la base de una unión político-militar entre los Estados europeos (p. 118). De todos modos, la idea de una Europa unida pareció en un primer momento como necesaria por criterios meramente económicos y técnicos (p. 218).

Los comienzos de la corriente y de la idea europeísta –no de la idea de Europa– se remontan a la Primera Guerra Mundial (1914-1918), cuando la idea de federación europea adquirió plenamente su naturaleza específica con relación al internacionalismo de naturaleza universal. Las revistas especializadas de la época en tema europeo se referían a la construcción con términos como «paneuropa» o «la nueva Europa», etc. Por supuesto no faltaron movimientos a favor, pero tampoco en contra, de la Europa unida entre 1919-1939. La Europa de esa época estaba inmersa en una división a consecuencia de la Guerra, un enfrentamiento permanente entre vencedores y vencidos. Pero en esta situación aparecieron una serie de países en el corazón del continente europeo que manifes-

taron su voluntad de participar de forma más o menos activa y rápida en la realización de la Unión europea, como Francia y Alemania. El gobierno francés, con Aristide Briand (1862-1932) a la cabeza, lanzó en la X.^a Asamblea de la Sociedad de Naciones la idea de una Unión europea, del mismo modo que más tarde, el 17 de mayo de 1930, el Ministro francés de Asuntos Exteriores propuso a los otros 26 países europeos miembros de la Sociedad de Naciones, un Memorándum sobre la organización de un régimen de la Unión federal europea (p. 22). El 29 de abril de 1929, el Consejo central de Paneuropa se reunió en Berlín para preparar un Congreso dedicado a las cuestiones aduaneras. Un año más tarde, el 25 de febrero de 1930 en Berlín, Coudenhove-Kalergi acabó de redactar un proyecto de pacto paneuropeo, que se componía de veinte artículos divididos en cinco partes: los arts. 14-18 recogían una Constitución para los Estados federados de Europa, compuesto de cuatro órganos: dos Cámaras, una Corte de Justicia y un Ejecutivo, como sería la Cancillería federal (pp. 103-106).

Con la muerte de Briand y el advenimiento de Adolf Hitler en 1933 se produjo un giro radical en estos planteamientos europeos: la política internacional dejó de tratarse en Ginebra, y llegó a las capitales nacionales: Berlín, Londres, París o Roma. El apogeo de la corriente europea se plasmó en un crecimiento cuantitativo de los movimientos europeos, como «Unión aduanera europea» y «Cooperación europea» (pp. 77-95). La mayoría de los pertenecientes a estos movimientos eran en su mayoría economistas –como Henri Brugmans, Eugène Grossmann, Garry Gideonse, Edgar Stern-Rubarth, Lucien Coquet o Yves Le Trocquer– pero también juristas –Joseph Barthélemy, Charles Dupuis, Giorgio Del Vecchio, Georges Scelle o Rodolfo Mosca–, ya que la idea de una Europa unida requería hombres capaces de elaborar y de realizar una unión económica (pp. 118-134). Pero los hombres de letras como Georges Bonneville, Paul Valéry, Georges Duhamel; escritores políticos como John Pepper en su obra *Les États-Unis de l'Europe Socialiste* (1926) o el ruso Kourchinsky; así como los cronistas de la época también dejaron numerosos escritos y testimonios sobre el tema (pp. 134-165). También se planteó una tentativa institucional de la Unión Europea en el mismo seno de la Sociedad de Naciones, que se prolongó desde septiembre de 1929 a ese mismo mes de 1932. Esta pretensión se desarrolló en tres etapas: la proposición oficial de Aristide Briand, presidente del Consejo de ministros francés, en 1929 (pp. 186-189); el Memorándum Briand sobre la organización de un régimen de Unión federal europeo, publicado el 17 de mayo de 1930, que constaba de doce páginas y que estaba dividido en dos partes: el preámbulo y las proposiciones (pp. 189-194); y los dos años de la Comisión de estudio para la Unión europea, creada en septiembre de 1930 y que desarrolló su actividad más relevante en 1931 (pp. 194-199).

La Unión aduanera europea fue origen de la idea de los acuerdos regionales intra-europeos entre 1931-1932. Y junto con los movimientos europeos ensayó la orientación de las políticas de alianzas durante los años 1933 y 1934 en esos aspectos. Efectivamente, ya desde 1921, la Unión aduanera preconizaba la posibilidad de realizar la unidad europea en común y con un acuerdo restringido unos pocos Estados. A comienzos de 1934, la Unión paneuropea se reconstruyó financieramente gracias al apoyo de las subvenciones de los gobiernos austríaco, francés, checoslovaco y rumano. Años más tarde, en 1938, William Beveridge creó en Londres el movimiento «Federal Union», y posteriormente, con la publicación en 1945 de su obra *Le prix de la Paix*, preconizó la integración de Alemania en una federación europea que comprendiera asimismo a Inglaterra y Francia (pp. 207-208). En 1940, el americano Alfred Bingham propuso la división del mundo en bloques continentales partiendo de criterios políticos: Europa y la Commonwealth británica, Panamérica, la Unión soviética y Asia. Chabot

señala que «los primeros síntomas del declive europeo, Paul Valéry los asociaba a su descubrimiento de la existencia misma de la entidad europea» y que «muchos autores presentaron la idea de la Unión europea como el remedio a la crisis espiritual de la civilización europea» (pp. 227-229).

La utilización de expresiones como «idea europea» o «europeísmo» disfrazan una misma realidad: la idea de una Europa unida con diferentes formas y con diferentes naturalezas, ya se entendiera como idea política o mística (pp. 249-258). Efectivamente, según algunos autores, la idea de Europa unida está implícita o explícitamente presente como un absoluto, una idea total, que adopta en política una forma mística. El europeísmo, en tanto que ideología, ha transcurrido por tres fases: en primer lugar, el período de entreguerras, que se correspondió también con la segunda de las etapas; la fase de creación de la ideología política, con una fase preparatoria que tuvo como base el pensamiento filosófico del siglo XIX (Hegel, Spencer y Nietzsche) e incluso también del XVIII con Rousseau; finalmente, la fase de difusión y de realización del europeísmo, que tuvo sus primeros pasos en 1929 con la proposición Briand de institucionalización, si bien no se hizo efectiva hasta después de la Segunda Guerra Mundial con la proposición Schuman de 1950 (p. 275). Por otro lado, para autores como Julien Benda o Gaston Riou el europeísmo se presentó como una nueva etapa de ideología nacionalista (p. 277). Para este último autor, la realización de la unidad europea representaba incluso la continuación de la Revolución francesa. En opinión de Jean-Luc Chabot el europeísmo apareció como una crítica o reacción de internacionalismo liberal contra el nacionalismo y el socialismo (pp. 281-284). Pero esta idea de una Europa unida tuvo su mayor fracaso a partir de 1933, cuando los pueblos europeos se vieron inmersos en políticas nacionalistas de expansión y de enfrentamiento, como jamás se había visto a lo largo de la Historia, en palabras de Julien Benda (*Discours à la nation européenne*, 1933). Las ideologías nacionalistas que recorrían toda Europa, las colonias de los países europeos, así como la Sociedad de Naciones, que abogaba por una Europa unida por el nacionalismo, fueron los tres pilares en los que se sustentó el nacionalismo en su lucha contra el europeísmo (pp. 298-306). Pero la idea de una Europa unida se enfrentó asimismo con la percepción de concepciones distintas: Coudenhove-Kalergi, entre otros, la entendían como equivalente a una nueva «religión»; otros, como Riou o Benda, como una «potencia mundial» y para algunos, en fin, como el instrumento de un combate ideológico (pp. 307-314).

Hace poco más de un cuarto de siglo Jean-Luc Chabot presentó este texto para la defensa de la tesis para la obtención del doctorado de Estado en Derecho y Ciencia política en la Universidad de Ciencias sociales de Grenoble. La obra ha sufrido profundas modificaciones hasta llegar a su actual singladura con la publicación. Chabot en la actualidad es catedrático de la Universidad Pierre Mendès France (Grenoble 2), donde enseña en la Facultad de Derecho la asignatura de Historia de las ideas políticas. Además, es autor de numerosas publicaciones sobre la historia de las ideas políticas.

GUILLERMO HIERREZUELO CONDE